

juato, donde había grandes recursos, Hidalgo siguió por la Sierra pasando por Chamacuero hasta Celaya, á cuya poblacion llegó el 19. Por donde quiera que pasaba se le unía la gente del campo y su ejército aumentaba cada dia de tal modo, que ya al llegar á esta última poblacion ascendía á cincuenta mil hombres, compuesto del regimiento de la Reina, de los rancheros de las haciendas, de una multitud de indios armados de picas, hondas y garrotes y de toda aquella parte vagabunda de las poblaciones que á la idea del saqueo vislumbraba un lucro y una fortuna fácil de adquirir. Antes de entrar á Celaya, Hidalgo intimó rendicion á la ciudad en la duda de si encontraría ó no resistencia. La intimacion estaba concebida en estos términos: "Nos hemos acercado á esta ciudad con el objeto de asegurar las personas de todos los europeos: si se entregasen á discrecion, serán tratadas sus personas con humanidad; pero si por el contrario, se hiciese resistencia por su parte y se mandare dar fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponde á su resistencia: esperamos pronto la respuesta para proceder. Dios guarde á vdes. muchos años. Campo de batalla, Setiembre 19 de 1810.—*Miguel Hidalgo*.—*Ignacio Allende*.

"P. D.—En el momento en que se mande dar fuego contra nosotros, serán degollados sesenta y ocho europeos que traemos á nuestra disposicion.—*Hidalgo*.—*Allende*.—Señores del ayuntamiento de Celaya."

Al recibir este oficio el subdelegado, algunos españoles y el coronel del regimiento provincial de infantería, se retiraron para Querétaro, haciendo Hidalgo su entrada solemne el 21. Ningun incidente lamentable hubiera ocurrido en ella á no haberse disparado un tiro al pasar las tropas insurgentes frente á una casa cercana al meson donde se alojó Hidalgo: este tiro fué una señal para el saqueo; pero en honor de la verdad, aquel saqueo no tuvo las trascendentales consecuencias que en otras ocasiones. La circunstancia de haber convocado Hidalgo al ayuntamiento para el dia siguiente y de haberle nombrado ese mismo dia capitán general, dió lugar

á que Alaman opinase que el ayuntamiento de Celaya había hecho éste y los demas nombramientos recaidos en los demas gefes de la revolucion; pero este aserto se haya desmentido por la intimacion de Hidalgo al intendente Riaño antes del ataque de Granaditas; por la declaracion del mismo en el proceso de Chihuahua, en la que al contestar sobre los empleos que obtuvo, dijo terminantemente que había tenido el de capitán general que se le confirió en Celaya por el ejército que lo seguia, el cual conservó hasta Acámbaro, donde la oficialidad del mismo ejército le dió el de generalísimo y por el testimonio de los antiguos dragones de la Reina citados por el Sr. Liceaga en sus rectificaciones á Alaman. Haciendo punto omiso de lo ridículo que es ver á un ayuntamiento confiriendo empleos militares, nada tiene de particular que Hidalgo solicitase la aprobacion del de Celaya para aquel acto, como parece indicarlo en su comunicacion á Riaño; el ayuntamiento de Celaya era al fin una autoridad legítima á todas luces, que si no entraba en sus atribuciones conferir dignidades ni empleos de semejante categoría, si les daba gran fuerza moral sancionándolos con su presencia y su consentimiento.

XVIII.

Mientras que Hidalgo con su ejército, aumentado con dos compañías del regimiento provincial de Celaya, se dirigia á Guanajuato, las autoridades de esta ciudad y el gobierno, se preparaban á combatirlo.

Todo se conmovió por aquellos dias en Nueva-España.

Las poblaciones secundaban el grito de independencia lanzado en Dolores casi al mismo tiempo que llegaba á la capital del reino D. Francisco Javier de Venegas, nombrado virrey en sustitucion del gobierno de la real audiencia. Venegas fué indudablemente uno de los gobernantes enérgicos de la colonia; su posicion en aquellos momentos era angustiada, se encontraba en un país que no conocia, sin un cuer-

de ejército de que disponer y convertido en un personaje odiado en la misma corte por la maledicencia pública. Sin arredrarse un solo instante, hizo marchar al conde de la Cadena con la guarnicion de México para Querétaro; hizo venir el regimiento de Tres Villas y la tripulacion de la fragata *Atocha*, de Veracruz para la capital, mientras Calleja organizaba fuerzas en San Luis. Bien escasos eran todos estos elementos para contrarrestar la revolucion que imponente y amenazadora cundia como un incendio por todo el Bajío; pero ese mismo aspecto hizo que todos los españoles, todos aquellos cuyos intereses estaban unidos á los de ellos, que el clero, la Inquisicion, los obispos y la parte timorata y fanática, se levantasen á combatirla de cuantos modos eran posibles, con la presion moral sobre las conciencias, con la calumnia, con el terror, con las prisiones arbitrarias, con las excomuniones, con la vigilancia mas terrible.

El virrey ofreció, ademas, diez mil pesos, en una proclama en que daba parte del levantamiento de Dolores, al que entregase á Hidalgo, á Allende ó á Aldama, y el indulto al que defeccionase la causa de la independencia; medida nunca disculpable en un gobierno establecido: pueden los rebeldes, los insurrectos, valerse de cuantos medios quieran, no respetar los fueros de la moral, que por santo y noble que sea su intento, al fin no son mas que súbditos rebeldes, hasta que el triunfo corona su empresa; pero que un gobierno que se llama sostenedor del orden público, pague y sancione el asesinato, es un hecho que lo cubre de infamia y que legitima cualquier acto sangriento de sus enemigos.

La aristocracia clerical se levantó tambien airada contra

Hidalgo; la Inquisicion sacó á luz el proceso comenzado en 1800; los obispos de Michoacan, México y Puebla, lo excomulgaron; los colegios, las sociedades literarias y particulares, hicieron públicas muestras de fidelidad á la causa de España y el púlpito se convirtió en una tribuna anti-revolucionaria. Todas estas armas quedaron pronto sin prestigio, cuando se vió que los insurgentes invocaban tambien la religion; que los cabildos y los prelados anatematizaban á Hidalgo hoy, y mañana lo recibian con *Te Deums* y repiques; pero por lo pronto dividieron á la sociedad mexicana en dos bandos, cuyos ódios implacables la llenaron de sangre y prolongaron durante once años una lucha á muerte entre las nuevas teorías y las antiguas preocupaciones, lucha entre el pasado y el porvenir, entre los amos y los esclavos, y en la que las pasiones se exacerbaban hasta tal punto, que se llegó á olvidar el lenguaje de la razon entre los denuestos y los gritos amenazadores de muerte y de venganza. No podia ser de otro modo, el clero alto veia que se escapaba su poder; los españoles vislumbraban su ruina total; los empleados temian que con la independencia viniesen abajo todos los abusos con que hacian fortuna; los ricos y los grandes propietarios temblaban ante la idea de tener que considerar como hombres á los que no eran para ellos sino máquinas, y todos se lanzaron á combatir á muerte esa idea que venia á destruir todas las prerogativas, todas las injusticias, todos los abusos de trescientos años. La religion fué la que mas hubo de padecer; aquella profusion de excomuniones, de anatemas; aquellas invocaciones sacrílegas de los dos bandos, de los cuales cada uno tenia su deidad protectora, acabaron por cubrir de ridículo á los santos y al catolicismo, y cosa harto curiosa fué ver que los ódios entre realistas é independientes se hicieran extensivos hasta en las vírgenes: en el curso de aquella guerra los realistas fusilaban las imágenes de Guadalupe y los insurgentes la de la vírgen del Rosario, como si ambas no representasen una misma deidad.

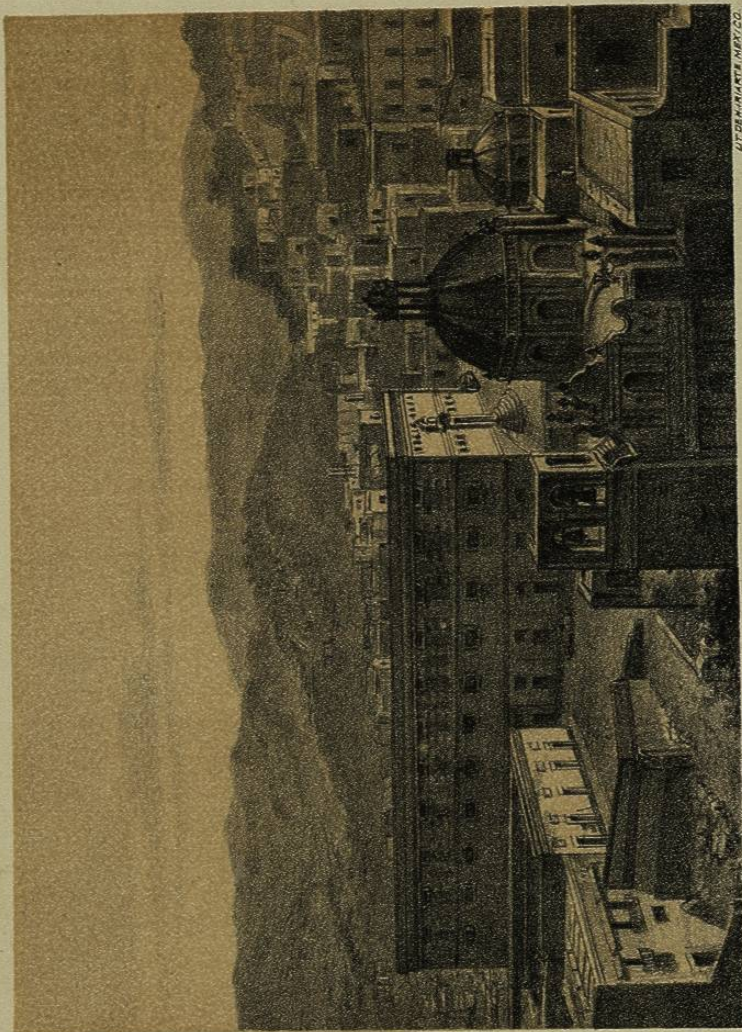
Excomulgado por los obispos; anatematizado por el clero;

odiado por los españoles y combatido por las clases mas poderosas de la sociedad colonial, Hidalgo seguia, sin embargo, haciendo prosélitos por donde quiera que pasaba, y á los pocos dias de su salida de san Miguel, se presentó á las puertas de Guanajuato al frente de una multitud desordenada que lo seguia al grito de *¡Viva la Independencia!*

XIX.

Guanajuato era la capital de una de las provincias mas ricas de la Nueva-España. Su situacion en el centro del país; el estado floreciente de su agricultura; la riqueza de sus minas; la animacion de su comercio, la hacian una de las comarcas mas productivas al real erario y á los españoles que la habitaban. El intendente de ella, D. Antonio Riaño, era un hombre de ideas avanzadas, de vasta instruccion y de una honradez á todo prueba.

Riaño supo el pronunciamiento de Dolores el dia 18, por aviso del mismo D. Francisco Iriarte, á quien habia comisionado para aprehender á Hidalgo. El toque de generala interrumpió en la ciudad una calma no interrumpida de doscientos años; el pueblo, indeciso y asombrado, no sabia qué partido tomar, y temiendo algun inminente peligro, simpatizaba naturalmente con la tropa armada que lo iba á defender, esto hizo creer al principio que se podia contar con él para la defensa. Apenas recibió la noticia el intendente, reunió todos los elementos de guerra que pudo, llegando á contar trescientos hombres del batallon provincial de Guanajuato, cien paisanos armados, en su totalidad españoles y sesen-



VISTA DE LA ALHONDIGA DE GRANADITAS

ta dragones mal armados del regimiento del Príncipe. El primer intento de Riaño, fué resistir en la poblacion, cubriendo las calles con débiles trincheras; algunos le aconsejaban que saliese al encuentro de los insurgentes; otros, que abandonase la provincia, consejos imposibles de llevar á cabo, uno por lo temerario y otro por bochornoso. Sea porque Riaño conoció que la plebe, pasada la primera impresion, se uniría á los insurgentes; sea porque creyó que la tropa con que contaba era insuficiente para defender toda la ciudad, el caso es que la noche del 24 hizo trasladar las tropas, los caudales reales y los municipales, que juntos ascendian á seiscientos veinte mil pesos, y los archivos del gobierno y del ayuntamiento, á la Alhóndiga de Granaditas.

La Alhóndiga es un edificio construido por el mismo Riaño sobre la loma que termina al Poniente del cerro del Cuarto y en un punto donde se reunen el rio que pasa por la poblacion y el que baja de las minas. Riaño se decidió á hacer esta construccion, cuyo costo ascendió á doscientos diez y ocho mil doscientos sesenta y tres pesos, para tener un depósito de semillas que remediase, en caso necesario, los males que se habian experimentado en 1783, conocido con el nombre de *el año del hambre*. "Es la Alhóndiga un cuadrilongo, dice D. Lucas Alaman, cuyo costado mayor tiene ochenta varas de longitud: en el exterior no tiene mas adorno que las ventanas practicadas en lo alto de cada troje, lo que le da un aire de castillo ó casa fuerte, y lo corona un cornisamento dórico, en que se hallan mezclados con buen efecto los dos colores verdioso y rojizo, de las dos clases de piedra de las hermosas canteras de Guanajuato. En el interior hay un pórtico de dos altos en el espacioso patio: el inferior con columnas y ornato toscano, y el superior dórico, con balaustres de piedra en los intercolumnios. Dos magníficas escaleras comunican el piso alto con el bajo, y en uno y otro hay dispuestas trojes independientes unas de otras, techadas con buenas y sólidas bóvedas de piedra labrada. Tiene este edificio al oriente una puerta adornada con dos columnas y en-

tablamento toscano, que le da entrada por la cuesta de Mendizabal que forma el declive de la loma y se extiende hasta la calle de Belen, teniendo á la derecha al subir, el convento de este nombre, y á la izquierda la hacienda de Dolores, situada en el confluente de los dos rios. Al Sur y Poniente de la Alhóndiga, corre una calle estrecha que la separa de la misma hacienda de Dolores, y en el ángulo del Nordeste viene á terminar la cuesta que conduce al rio de Cata, en la plazoleta que se forma en el frente del Norte, donde está la entrada principal adornada como la del Oriente, en la que tambien desemboca, frente al ángulo Nordeste, la calle que se llama de los Pozitos y la subida de los Mandamientos, que es el camino para las minas. El edificio tiene en el exterior dos altos por el lado del Norte y parte de los de Oriente y Poniente, y en el resto de estos y en el lienzo del Sur tres, requiriéndolo así el descenso del terreno: este piso mas bajo no tiene comunicacion con el interior, y en el exterior no hay mas que las puertas de las trojes que lo forman."

Tal fué el edificio en que se encerró el intendente con las tropas y caudales de la provincia. La circunstancia de estar dominado por el cerro del Cuarto y de estar rodeado por otros edificios, que para subirse se necesita una numerosa guarnicion, contribuyeron á debilitar la posicion militar de la Alhóndiga. Riaño pensaba resistir en ella hasta la llegada de Calleja, que debia tardar cuando menos una semana, y al que habia llamado por medio de violentos extraordinarios.

XX.

A las nueve de la mañana del viérnes 28 se presentaron por fin en la trinchera de Belen, D. Mariano Abasolo y D.

Ignacio Camargo, de parte de Hidalgo, siendo portadores de dos pliegos: uno era la formal intimacion para que se rindiese la plaza y el otro una carta amistosa de Hidalgo para Riaño, cuya intimacion dice así:

"Cuartel general en la hacienda de Burras, 28 de Setiembre de 1810.—El numeroso ejército que mando, me eligió por capitán general y protector de la nacion en los campos de Celaya. La misma ciudad, á presencia de cincuenta mil hombres, ratificó esta eleccion, que han hecho todos los lugares por donde he pasado: lo que dará á V. S. que estoy legítimamente autorizado por mi nacion para los proyectos benéficos, que me han parecido necesarios á su favor. Estos son igualmente útiles y favorables á los americanos y á los europeos que se han hecho ánimo de residir en este reino, y se reducen á proclamar la independencia y libertad de la nacion; de consiguiente, yo no veo á los Europeos como enemigos, sino sólamente como á un obstáculo, que embaraza el buen éxito de nuestra empresa. V. S. se servirá manifestar estas ideas á los europeos, que se han reunido en esa Alhóndiga, para que resuelvan si se declaran por enemigos, ó convienen en quedar en calidad de prisioneros, recibiendo un trato humano y benigno, como lo están experimentando los que traemos en nuestra compañía, hasta que se consiga la insinuada libertad é independencia, en cuyo caso entrarán en la clase de ciudadanos, quedando con derecho á que se les restituyan los bienes de que por ahora, para las urgencias de la nacion, nos servimos. Si por el contrario, no accedieren á esta solicitud, aplicaré todas las fuerzas y ardidés para destruírlos, sin que les quede esperanza de cuartel.

Dios guarde á V. S. muchos años como desea su atento servidor.—*Miguel Hidalgo y Costilla*, capitán general de América."

"Sr. D. Juan Antonio Riaño.—Cuartel de Burras, Setiembre 28 de 1810.—Muy señor mio:—La estimacion que siempre he manifestado á vd. es sincera, y la creo debida á las

grandes cualidades que le adornan. La diferencia en el modo de pensar, no la debe disminuir. Vd. seguirá lo que le parezca mas justo y prudente, sin que esto acarrié perjuicio á su familia. Nos batiremos como enemigos si así se determinare; pero desde luego ofrezco á la señora intendenta un asilo y proteccion decidida en cualquier lugar que elija para su residencia, en atencion á las enfermedades que padece. Esta oferta no nace de temor, sino de una sensibilidad, de que no puedo desprenderme.

Dios guarde á vd. muchos años, como desea su atento servidor Q. S. M. B.—*Miguel Hidalgo y Costilla*.—En la hacienda de Burras, á 28 de Setiembre de 1810.”

Camargo fué introducido á la Alhóndiga con los ojos vendados para entregar al intendente las dos comunicaciones; éste leyó la primera á su tropa y un grito unánime de *viva el rey* fué la respuesta que obtuvo de parte de los soldados y paisanos. Satisfecho Riaño de haber cumplido con sus deberes, contestó en estos términos á la comunicacion y á la carta:

“El intendente de Guanajuato y su gente, no reconocen otro capitan general que al virey de Nueva-España, ni mas modificaciones en el gobierno, que las que acordaren las cortes, reunidas en la península.”

Entretanto, el grueso de los insurgentes se acercaba á la ciudad y la plebe, unida con los obreros de las minas, á quienes habia invitado D. Casimiro Chovell, administrador de la Valenciana, coronaba las alturas, decidida ya á unirse á los asaltantes: serian las doce poco mas ó menos, cuando principió el ataque. Los soldados del regimiento de Celaya ocuparon las casas vecinas á la Alhóndiga y la multitud los cerros de San Miguel y el Cuarto, haciendo los primeros un fuego terrible y certero y arrojando los segundos una lluvia continua de pedruzas sobre la azotea de la Alhóndiga, siendo auxiliados por la plebe que los habilitaba con las piedras y guijarros del rio Cata.

Los refugiados en la Alhóndiga hacian una resistencia de-

sesperada; convertian en granadas de mano y lanzaban sobre las columnas que atacaban las trincheras, los frascos de azogue, que hacian al caer, un horroroso estrago en la multitud. La muerte del intendente vino á poner en confusion á los defensores de la Alhóndiga. Viendo que la trinchera que cerraba la calle de los Pozitos era atacada con mayor furia, salió á reforzarla con veinte infantes, y al volver, cuando ya pisaba la escalinata de la puerta, un sargento del regimiento de Celaya le dió un tiro en el ojo izquierdo desde una altura inmediata. En unos, el primitivo ardor habia desaparecido, en otros, el deseo de venganza y la desesperacion los habia exaltado, y mientras el asesor de la provincia hacia enarbolar una bandera blanca, D. Gilberto Riaño, hijo del intendente, arrojaba los frascos de azogue convertidos en granadas, y todo esto que era el simple efecto de la falta de un gefe, era considerado como una traicion por los asaltantes. Desalojados los defensores de la azotea y habiendo flaqueado en la defensa, la muchedumbre, irritada, se precipitó por las avenidas. En medio del gentío, la caballería se inutilizó, y ni los cobardes podian huir, ni los valientes avanzar; parecia aquella multitud un solo cuerpo animado de una sola voluntad; los de atras empujaban á los que iban á vanguardia y pasaban sobre sus cadáveres, semejando, como dice muy bien un escritor, á las olas que impulsadas unas por otras, vienen á estrellarse en las rocas de la playa. Entonces fué cuando Hidalgo, que habia permanecido cerca del lugar de la accion, montado á caballo y con una pistola en la mano, mostró su deseo de que se consiguiesen barras para romper la puerta de la Alhóndiga, y que un operario de la mina Mellado, de cosa de veinte años de edad y de nombre Mariano, se ofreció á hacerlo sin ninguna clase de instrumentos. Cubierto con una enorme loza y arrimándose á la pared, se acercó á la puerta y despues de untarla de aceite y brea, arrimó el ocote y las llamas abrieron bien pronto un camino á la multitud desenfrenada de los insurgentes. Serian las cinco de la tarde poco mas ó menos, cuando el mayor Berzabal reunió

á unos cuantos soldados en el patio haciendo fuego á los que entraban, muriendo á poco defendiendo las banderas de su batallon. Empezó entonces una horrorosa matanza; los vencedores se esparcian por las trojes y los corredores matando sin piedad á los vencidos; la plebe se precipitaba sobre los caudales y los objetos depositados en la Alhóndiga, y los cadáveres, y los archivos, y los víveres, rodaban envueltos en horrorosa confusion por las escaleras, en medio de los gritos de rabia y de los ayes y súplicas de los moribundos. La noche solo pudo acabar con aquella sangrienta escena en la que la plebe de Guanajuato desempeñó el papel mas siniestro. Tal fué el primer choque entre los realistas y los insurgentes; choque rudo y funesto como los odios que los separaban; en él quedaron muertos tres mil insurgentes y la mayor parte de los defensores de la Alhóndiga y desechas las fortunas que habian acumulado con incesante afan los que, hasta hacia poco tiempo, consideraban á los que habian de ser sus matadores, como sus esclavos sumisos y fieles. ¡Con odio y sangre se fundaron las instituciones coloniales, preciso era que con sangre y odio se hubieran de destruir!

XXI.

El epílogo de la batalla se repitió en el centro de la ciudad; á la luz rojiza de las teas eran saqueadas las casas de los españoles, y el rechinar de las puertas y el ruido de las barretas con que se rompian, y de las pisadas que marcaban en el pavimento una huella de lodo y sangre, interrumpian el lúgubre silencio de la noche. Aquellos excesos se repitieron

ron al dia siguiente, hasta que el domingo 30, Hidalgo hizo publicar un bando para hacer cesar el saqueo. En los dias que siguieron al del triunfo, fué cuando el caudillo insurgente mostró que si era enérgico en medio de la lucha y la aceptaba con todas sus consecuencias, sabia portarse con generosidad cuando los acontecimientos y los hombres que lo rodeaban lo permitian. Hidalgo mandó poner en libertad á todos los criollos que habian sido hechos prisioneros en la Alhóndiga; dejó ir á sus casas á varios españoles y al resto lo distribuyó en alojamientos cómodos, mandando que se asistiesen á los enfermos y heridos con el mayor esmero, y á la viuda del intendente Riaño mandó devolver todos los objetos de su esposo tomados de la Alhóndiga y le hizo regalar una barra de plata á su hijo D. Gilberto, que murió á pocos dias de resulta de las heridas que recibió en el asalto. Uno de los españoles que volvieron á su casa, fué el padre del ilustre magistrado D. Manuel Baranda, quien siendo todavía muy niño, acompañó á su madre á suplicar á Hidalgo para que concediese semejante permiso. Los tres eran conocidos de Hidalgo, quien al ver arrodillados delante de sí á una señora y á un niño, á quienes habia tratado en la opulencia, se conmovió y les dijo disimulando apenas su emocion: "Señora, las circunstancias me obligan á disimular estos males necesarios, que soy el primero en sentir y lamentar. . . . Su marido de vd. queda en libertad, ya que se ha librado del furor de mis soldados, y ojalá que así pudiera yo salvar á todos sus compañeros de infortunio." D. Lucas Alaman, el mismo que mas tarde habia de denigrar la memoria del primer caudillo de la independencia, tuvo ocasion de conocer su generosidad. Su casa se hallaba en peligro de ser saqueada, y él y su madre ocurrieron á Hidalgo, que se hallaba alojado en el cuartel del Príncipe, para evitar una violencia de parte de la plebe.

"Una de las casas, dice Alaman, que se hallaban amenazadas de este riesgo, era la de mi familia, en cuyos bajos estaba la tienda de un español, muerto en la noria de Dolores,

llamado D. José Posadas, que aunque habia sido ya saqueada, un cargador de la confianza de Posadas dió aviso de que en un patio interior, habia una bodega con efectos y dinero que él mismo habia metido. Muy difícil fué contener á la plebe, que por el entresuelo habia penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco peligro, por haberme creído europeo. En este conflicto, mi madre resolvió ir á ver al cura Hidalgo, con quien tenia antiguas relaciones de amistad y yo la acompañé. Grande era para una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una muchedumbre embriagada de furor y licores: llegamos, sin embargo, sin accidente hasta el cuartel regimiento del Príncipe, en el que como antes se dijo, estaba alojado Hidalgo. Encontramos á éste en una pieza llena de gente de todas clases: habia en un rincon una porcion considerable de barras de plata, recogidas de la Alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otro, una cantidad de lanzas y arrimado á la pared y suspendido de una de estas, el cuadro con la imágen de Guadalupe, que servia de enseña á la empresa. El cura estaba sentado en su catre de camino con una mesa pequeña delante, con su traje ordinario y sobre la chaqueta un tahalí morado, que parecia ser algun pedazo de estola de aquel color. Recibiéndonos con agrado, aseguró á mi madre de su antigua amistad, é impuesto de lo que se temia en la casa, nos dió una escolta, mandada por un arriero vecino del rancho del Cacalote, inmediato á Salvatierra, llamado Ignacio Centeno, á quien habia hecho capitán y al cual dió orden de defender mi casa y custodiar los efectos de la propiedad de Posadas, haciéndolos llevar, cuando se pudiese, al alojamiento de Hidalgo, pues los destinaba para gastos de su ejército, Centeno, teniendo por imposible contener el tumulto que iba en aumento, pues se reunia á cada instante mas y mas gente empeñada en entrar á saquear, dió aviso con uno de sus soldados á Hidalgo, el cual creyó necesaria su presencia para contener el desorden que no habia bastado á enfrenar el bando publicado y se di-

rigió á caballo á la plaza, donde mi casa estaba, acompañado de los demas generales. Llevaba al frente el cuadro de la imágen de Guadalupe, con un indio á pié que tocaba un tambor: seguian porcion de hombres del campo á caballo con algunos dragones de la Reina en dos líneas, y precedia esta especie de procesion el cura con los generales, vestidos estos con chaquetas; como usaban en las poblaciones pequeñas los oficiales de los cuerpos de milicias, y en lugar de las divisas de los hombros que tenian en el regimiento de la Reina, se habian puesto en las precillas de las charreteras unos cordones de plata con borlas, como sin duda habian visto en algunas estampas que usan los edecanos de los generales franceses; todos llevaban en el sombrero la estampa de la vírgen de Guadalupe. Llegada la comitiva al paraje donde estaba el mayor peloton de plebe delante de la tienda de Posadas, se le dió orden al pueblo para que se retirase y no obedeciéndola, Allende quiso apartarlo de las puertas de la tienda metiéndose entre la muchedumbre: el enlosado de la acera forma allí un declive bastante pendiente, y cubierto entonces con todo género de suciedades, estaba muy resbaladizo: Allende calló con el caballo y haciendo que este se levantase, lleno de ira sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe que hulló despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido. Siguió Hidalgo recorriendo la plaza y mandó hacer fuego sobre los que estaban arrancando los balcones de las casas, con lo que la multitud se fué disipando, quedando por algun tiempo grandes grupos, en los que se vendian á vil precio los efectos sacados en el botín."

XXII.

Apaciguado el desorden, Hidalgo convocó al ayuntamiento para arreglar el gobierno de la provincia: ofreció la inten-